

Fin de semana de Búhofucio

**EVEREST LANDA/
BENJAMÍN GARCÍA**

A paso corto, don Búhofucio, metiose al “lado espínico” del bosque. Luego de caminar breves instantes, sus lentes no daban destello alguno. Las alas cuidadosas pasaban por entre las ramas violentas.

A medida que se internaba se escuchaban más sus garras al crujiir las hojas y antes de llegar al centro,

donde no había otra cosa que una pequeña piedra verde en medio de un círculo de tierra negra y seca alrededor, encontrase con el gobernador: Bernabé la liebre, acompañado de un trío de ratas.

Don Búhofucio observó desde donde estaba que las ratas daban dinero a la liebre. De pronto Bernabé preguntó algo, se miraron las tres ratas muy silenciosas y la más gorda se talló los bigotes, encogió los hombros y los cuatro rieron. Se despidieron y las ratas corrieron presurosas. La Liebre se sentó en un tronco tirado,



cuando don Búhofucio dio unos pasos hacia el roedor y exclamó su clásico buo-buo.

-No se asuste amigo Bernabé.

-Mire, don Búhofusio, dónde lo vengo a encontrar... ¿llevaba rato aquí, no?

-Lo suficiente para verlo.

-Bueno, bueno. Como pudo darse cuenta, las ratas y yo tenemos algunos arreglos. De verdad que no era mi intención, pero cuando Animalia me eligió, no sabía de lo que se trataba. Por eso hago esto aquí: lejos de mis hijos y mi mujer.

-En el mero centro del "lado espínico" -contestole don Búhofucio-. Fíjese lo que son las cosas mi saltador amigo, usted se refugia de los ojos de su familia para hacer nexos con el hampa, para enredar más el hilo de esa madeja que ni los gatos se atreven a jugar con ella, mientras yo...

-¿Usted qué don Búhofucio?

-Yo también me refugio en el bosque, para encerrarme en la crujía de mi soledad y entonces, igual que usted, visitar este mundo donde los pasillos de mi celda son los caminos de una gran verdad.

-¿Cuál verdad?

-La que nos creemos, la única en la que creemos. Pero patinamos en los largos pasillos, patinamos y caemos al suelo duro. Y usted se encuentra con los recuerdos de su familia y yo con los de mi pasado.

-¿Somos únicos, no?

-Nunca. Todos los seres compartimos esas celdas, unos al lado de otros y entonces, en el fondo, hemos de ser iguales. Desde el gran Tigre de bigote delgado, hasta el gorrión más escueto. Todos encerrados y creyéndonos lo que los pasillos ocultan y develan, atormentándonos por los resbalones.

Guardaron silencio los dos y una pata del conejo cobijó al desorbitado Búhofucio y entre las sombras sólo se alcanzaban a ver ambas siluetas y las orejas-radares de la liebre. Luego, sin decir palabra el gobernador

Bernabé se retiró tranquilo. Don Búhofucio quedose largo rato en silencio sobre el tronco mirando la piedra verde, yendo y viniendo por los pasillos de su mente hasta muy entrada la noche y luego fue hasta su casa donde durmió poco tiempo para abrir su local de pancitas.

Ya para la tarde arriba angustiada doña Ranalia, don Búhofucio le sirve un plato de pozole y luego luego la verde dama le comenta al Búho:

-¡Ay!, don Búhofucio, ya le digo; no sé qué hacer -dice doña Ranalia mientras exprime un limón sobre su platopozolero.

-Pero ¿cuál es el problema con su hijo buena señora? -inquieta el noble búho al tiempo que sacude algunas mesas.

-Pues que no hace nada bueno de su vida. Ha dejado la escuela, dizque por ir en contra de su talante y gozne aventurero. Todos los días llega al amanecer, croando de borracho y no despierta sino hasta ya muy entrada la tarde. Y no contento con eso, le ha dado por sentirse medio músico y medio poeta. A lo mejor lo es, pero no veo que cultive con esmero dichos talentos.

-Vaya, vaya -comenta don Búhofucio y agita sus alas para acicalarse la barbilla.

-En resumen amigo búho: es un vago.

-Pero amiga Ranalia, eso no es ni bueno ni malo, en realidad depende de la cepa de quien elige tal vida. Si su hijo quiere echar su vida a perder, bueno, pues vaya usted aceptándolo, es su vida. A quien tenga agudeza la vida nunca se le echará a perder, le madurará.

-¿Quiere usted decir que se le pasará esa actitud?

-No. Vaya, puede o no ser así. Veamos, ¿qué le apura?

-Que mi hijo sea una rana de bien.

-¿Que sea de bien o que esté bien?

-¿Cuál es la diferencia?

-Sentémosla aquí: si su hijo estudiara y luego de

ello consiguiera un trabajo bien remunerado y hasta se casara y procreara hijos, pero no fuera feliz, ¿le parecería bien a usted?

-Bueno, no, creo que no.

-Y si su hijo no estudiara, no trabajara, si viviera de la caridad; o si simplemente ganara cantidades mínimas mas su corazón rebozara de alegría, ¿Qué le parecería eso a usted?

-Bueno, no estaría de acuerdo con su vida. Pero sí, me sentiría feliz de que se encontrara feliz.

-Bueno, es que ustedes no se hallan obligados a estar de acuerdo, no deben estarlo, porque son dos personalidades: una usted, otra él. Ahora doña Rania, en realidad ése no es el problema.

-¿No?

-No, en verdad que no: si su hijo quiere ser un vago, así debe asumirlo. Ya no lo mantenga usted; así cualquiera es un vago. Convertirse en vago es una forma de construirse a sí mismo y no es fácil. Arrójelo, pues, a la vida.

-¡Ay!, don Búhofucio, yo no tengo corazón para eso.

-Entonces lo tendrá usted para, ahora sí, ver cómo echa a perder su vida, pues tarde o temprano deberá enfrentarse a ella y entre más pronto mejor, antes de que el miedo lo invada y no sepa qué hacer. Usted ya le dio lo necesario, déjelo ahora averiguarse a sí mismo.

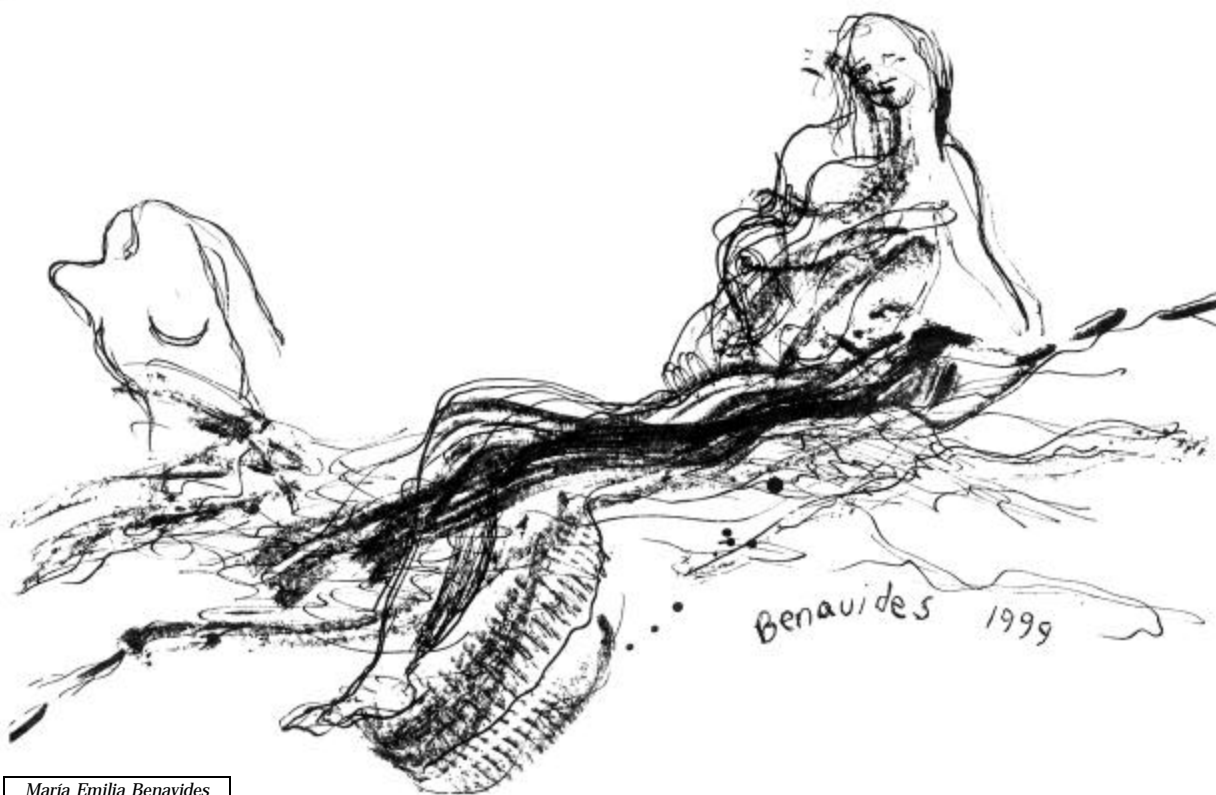
-Nada de malo hay en la vagancia, ojalá todos fuéramos vagabundos sin hogar ni mayores posesiones que las que un ser puede cargar sin cansarse.

Doña Rania se queda pensativa, mientras su comida se enfría al igual que sus ímpetus. La aventura oculta entre sus años se pregunta qué hubiera sido de haber conocido a alguien como don Búhofucio en su adolescencia.

Tal vez ni siquiera haría de madre de un hijo vago y seguiría ella en la vagancia.

Doña Rania mira a don Búhofucio y lanza un croac suspirante.

Y dice para sí misma: "Muy bien, no me resulta fácil, pero que mi hijo demuestre su cepa". ■



María Emilia Benavides